
PANEL II. ESTRATEGIAS Y RESISTENCIAS DESDE LA POLÍTICA DEL CONOCIMIENTO

- REFLEXIONES SOBRE LAS ESTRATEGIAS Y LAS RESISTENCIAS DESDE LAS POLÍTICAS DEL CONOCIMIENTO

Alexandra Zavos

- APORTES DE LOS ESTUDIOS SOBRE CIENCIA, TECNOLOGÍA Y SOCIEDAD A LA INVESTIGACIÓN DE CAMPO A PARTIR DE UNA INTERVENCIÓN EN DINÁMICAS SOCIOCULTURALES PARA FORTALECER LAS RELACIONES ENTRE VECINOS EN BARRIOS POPULARES DE LA ZONA METROPOLITANA DE GUADALAJARA (MÉXICO)

Yann Bona Beauvois

- «YO ES OTRO»: EL DESDOBLAMIENTO COMO ESTRATEGIA PARA ENCARAR UNA INVESTIGACIÓN QUE INCLUYE LA PROPIA EXPERIENCIA

Alba Marina González Smeja

- CONFORMIDADES Y DISCONFORMIDADES EN HABITAR LOS MÁRGENES EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Barbara Biglia Pérez y Edurne Jiménez Pérez

Alexandra Zavos

Investigadora Senior, Centre for Gender Studies, Panteion University

Alexandra.zavos@gmail.com

La cuestión es que se puede actuar en la posibilidad de una variación dentro de una reiteración. Para ser inteligibles, tenemos que repetir lo familiar y normalizado. No se trata de la posibilidad de reiterar sino de cómo hacerlo de manera que la reiteración desplace a aquello que la posibilite. Si bien el trabajo de Butler trataba sobre los resultados de género, puede servir de base para replantear las prácticas de la metodología feminista y desplazar la idea de que la metodología debe llevarnos a algún ámbito de conocimiento no cómplice. En lugar de ello, el objetivo de la metodología consiste en negociar el «terreno de juego» de las complicaciones instructivas que los proyectos del conocimiento engendran en relación con la política del conocimiento. Aquí el método vuelve a erigirse como una forma de abordar el caótico universo de la ciencia a través de prácticas arriesgadas que viajan a través de contextos y vuelven a plantearse con cada consulta. (Lather, 2007: 39).

Aceptando la invitación de la teórica feminista Patti Lather de «replantear las prácticas de la metodología feminista» para abordar «las complicaciones que los proyectos del conocimiento engendran en relación con la política del conocimiento», en este artículo reflexiono sobre los problemas de autoridad y poder a los que se enfrenta el investigador y los usos en los que se emplaza ese poder, estudiando la complejidad de llevar a cabo una investigación activista en un contexto político. Para ello, me he servido de mis propias experiencias de trabajo en temas de derechos de mujeres inmigrantes con un grupo antirracista de izquierdas en Atenas, aquí denominado anónimamente «Acción de Apoyo». Tomando como base el trabajo realizado para elaborar una iniciativa de «género y migración» en «Acción de Apoyo», he estudiado las distintas expresiones de género y raza que han conformado las relaciones políticas entre yo misma y otros activistas griegos e inmigrantes, y destaco algunas de las complicaciones y situaciones de desplazamiento que han surgido en consecuencia.

Mi doble condición de activista e investigadora dio lugar a un solapamiento importante: las relaciones políticas que establecí constituían a la vez mi campo de investigación

El conocimiento se produce en una red de relaciones sociales, jerárquica y asimétricamente ordenada, respetada e impugnada

He llevado a cabo este estudio a modo de intervención feminista en política antirracista en materia de inmigración. El objetivo era aprender y exponer públicamente la postura y los problemas de las mujeres inmigrantes en Grecia y, con ello, *intervenir* en las prácticas antirracistas dominantes que tienden a representar a los inmigrantes en términos generales «humanos», ocultando las desigualdades cruzadas de género y raza que revelan sus experiencias y trayectorias. Mi doble condición de activista e investigadora dio lugar a un solapamiento importante: las relaciones políticas que establecí constituían a la vez mi campo de investigación. Esta investigación, diseñada y llevada a la práctica a modo de proyecto político, en la que las fronteras entre la producción de conocimiento y el activismo se difuminan necesariamente, se denomina «investigación activista» (Biglia, 2006; Zavos y Biglia, 2009). Los múltiples y cambiantes registros metodológicos de este compromiso ponen de manifiesto el desarrollo específico del contexto, impredecible y «confuso» de este estudio que aspira a adoptar un enfoque «de abajo arriba» más que «de arriba abajo» (Mac Lure, 2006).

El hecho de poner en marcha una iniciativa de «género y migración» entró a formar parte de mi trabajo de tesis doctoral¹ que llevé a cabo entre septiembre de 2005 y julio de 2006. En el transcurso de ese año, junto con otros miembros griegos de «Acción de Apoyo» y mujeres inmigrantes, organizamos una campaña sobre los problemas a los que se enfrentan las mujeres inmigrantes que trabajan como empleadas del hogar en Grecia; un problema no abordado hasta la fecha por el movimiento antirracista. La iniciativa implicaba la constitución de un reducido grupo de trabajo dentro de «Acción de Apoyo» cuya misión sería la investigación y la sensibilización respecto a las condiciones jurídicas y laborales específicas de las mujeres inmigrantes que trabajan como empleadas del hogar, establecer contacto con distintas comunidades de inmigrantes, mujeres inmigrantes individuales y con representantes de sindicatos, organizar asambleas públicas y realizar una intervención política durante el Festival Antirracista de Atenas, punto cumbre anual de las movilizaciones antirracistas en Grecia. En este artículo recurro a mis notas (en adelante, FD) y registros de campo (en adelante, FN) como material narrativo para hacer un seguimiento no solo de los discursos a través de los cuales adoptamos distintas posturas de género y raza, sino también de los razonamientos seguidos para entender y abordar estas asimetrías de poder, así como los sentimientos que han rodeado y caracterizado mi compromiso político y de investigación, situando así mi experiencia personal dentro de una dinámica sociocultural más amplia.

La ambigua posición del investigador: negociar el «terreno de juego»

La teoría feminista, con sus incursiones en la epistemología y la metodología, ha desempeñado un papel decisivo a la hora de conceptualizar, deconstruir y recontextualizar el proceso de investigación como un compromiso emplazado, relacional, responsable y reflexivo (Fonow y Cook, 2005; Harding, 2004; Haraway, 1991). En respuesta a los supuestos objetivistas, y masculinistas, sobre la naturaleza de la producción del conocimiento como esfuerzo neutral, desligado y global, se sostiene que el conocimiento se produce en una red de relaciones sociales, jerárquica y asimétricamente ordenada, respetada e impugnada, y que

1. Tesis doctoral, «The politics of gender and migration in an anti-racist group in Athens», Manchester Metropolitan University, marzo de 2010.

por lo tanto constituye un campo político abierto a las resignificaciones (Hooks, 2004). La investigación feminista no significa estudiar *exclusivamente* (para, sobre, con) mujeres, «dar voz» o «validar» (externamente) su experiencia como una categoría social aparte, y excepcional (Smith, 1991), sino que *también* significa estudiar las relaciones de poder y la política de representación que están implícitas en la construcción social y discursiva de la diferencia y que se ponen de manifiesto en distintos contextos sociales, siendo el ámbito de la investigación uno de ellos (Phoenix, 1994). Hacerlo de manera consistente requiere, entre otras cosas, la inclusión del fracaso, el silencio, la connivencia o el conflicto allí donde se rebaten las fronteras del derecho en un intento por renegociar las relaciones de poder, los compromisos y las relaciones personales dentro del ámbito de la investigación.

Como ilustraré más adelante, mi experiencia de campo ha estado plagada de dudas sobre la solidez de mi enfoque de investigación y de inquietudes sobre su eficacia política.

Me siento bastante atada de pies y manos cuando pienso en a qué inmigrantes acercarme, cómo acercarme a ellos y con qué credenciales, cómo afrontar sus comprensibles reservas y sospechas sin contar con un respaldo institucional y sin nada que ofrecer. (Notas de campo, 25-11-05)

Cuestionar constantemente mis propios criterios y prioridades resultó bastante angustiante, y puso de manifiesto cómo la materialización de los compromisos particulares, tales como ser activista política e investigadora académica a la vez, es objeto de diferencias de género en términos normativos. Un elemento central de mis preocupaciones y frustraciones, como activista e investigadora, era mis relaciones con otros miembros de «Acción de Apoyo» y con las mujeres inmigrantes que participaban en la iniciativa. Como mujer «griega» activista en el ámbito de la política pública en Grecia, fue un reto asumir simultáneamente un papel autoritario (por lo que respecta a los inmigrantes y demás grupos antirracistas) y sumiso (por lo que respecta a los demás miembros de «Acción de apoyo»), viéndome constantemente obligada a justificar mis acciones, minimizar mis discrepancias y acomodarme a las prioridades e interpretaciones políticas de los demás. En este sentido, asumí una posición de poder compleja. Por una parte, se me atribuía y ejercía autoridad sobre otros activistas inmigrantes y, por otra, al estar circunscrita y sometida a las jerarquías establecidas en «mi propio grupo», dentro del que ostentaba una posición más marginal como mujer, como «recién llegada» y como investigadora académica con formación extranjera. Dicho de otro modo, era objeto de un doble imperativo: como activista «experta», se esperaba de mí (por parte de los miembros de «Acción de Apoyo» y otros activistas inmigrantes) que orientara a los inmigrantes, basándome en mis supuestos conocimientos políticos superiores, hacia la «correcta» implicación política en el activismo antirracista; como un miembro «cumplidor» (o competente) del grupo, se esperaba de mí que adoptara diligentemente y sin vacilaciones la agenda de «Acción de Apoyo», convirtiéndome en una de las portavoces del grupo. La tensión que generó este posicionamiento contradictorio y mi reacción ante ambas responsabilidades se convirtió en el punto de inflexión de toda mi experiencia como activista e investigadora. Además, mis propias raíces culturales ambivalentes, al tener orígenes familiares mixtos, contribuye-

Mi autoridad como activista podría describirse como promovida y restringida a la vez por las intersecciones de mi posición de género, de clase, racial y cultural

ron de manera significativa a aumentar mi sensación de inseguridad e incomodidad respecto a mi competencia cultural a la hora de entender y ejercer correctamente la «helenidad» en un contexto sociopolítico que daba por hecho la igualdad cultural entre los «griegos». En este sentido, pueden establecerse ciertos paralelismos entre mi experiencia como persona interna al límite y la de otros activistas inmigrantes en Grecia, que son ajenos al contexto sociocultural nacional griego (en su calidad de inmigrantes) pero a la vez pertenecen a la «familia» de organizaciones políticas antirracistas (en su calidad de compañeros activistas). Sin embargo, como ilustraré a continuación, en mi relación con las mujeres inmigrantes en lugar de basarme en esta posible afinidad para fomentar una «política feminista de alianza» (Phoenix, 2000) que reconociera las diferencias, asumí el papel de «guardián» para proteger la pureza ideológica de «Acción de Apoyo», excluyendo así a determinadas mujeres inmigrantes de nuestra iniciativa y reproduciendo inadvertidamente las fronteras etnoraciales de género que yo misma intentaba desbaratar.

Mi relación con las mujeres inmigrantes activistas estaba basada tanto en nuestras diferencias, asumidas o negadas, como en nuestros objetivos comunes, declarados o imaginados. En la práctica esto suponía que, dependiendo de las circunstancias, recurría tanto a discursos feministas sobre la opresión de la mujer, que creía que compartíamos como mujeres, como a discursos antirracistas sobre la explotación y persecución de los inmigrantes, que denunciábamos como activistas. No obstante, en la relación implícita que se estableció entre yo misma y las mujeres inmigrantes, yo ostentaba un estatus más privilegiado y con mayor autoridad en la sociedad griega y en el movimiento antirracista, que tuve que utilizar para promover causas de inmigrantes y de mujeres inmigrantes, aunque siempre dentro de los límites aceptables establecidos por «Acción de Apoyo». Así pues, mi autoridad como activista podría describirse como promovida y restringida a la vez por las intersecciones de mi posición de género, de clase, racial y cultural. En el siguiente apartado describo en detalle las deliberaciones y los retos que surgieron durante el desarrollo de la iniciativa de «género y migración» y, en particular, los escollos que las diferencias (y prejuicios) de género, raza y clase provocaron en nuestras relaciones personales y la eventual exclusión de una de sus miembros.

Puesta en marcha de la iniciativa sobre «género y migración». Tensiones de género, ansiedad racial y culpabilidad de clase: marginación y exclusión en un grupo antirracista de mujeres

Después de lo que me pareció un largo período de tiempo (septiembre de 2005 – diciembre de 2005) de negociaciones e investigaciones preliminares sobre dónde, con quién y cómo poner en marcha la iniciativa sobre «género y migración», «Acción de Apoyo» decidió que yo debía ser la responsable de formar un subgrupo sobre «género y migración», junto con cualquier otra persona que quisiera sumarse a esta iniciativa. Finalmente, nuestro subgrupo incluyó a tres mujeres griegas de «Acción de Apoyo», yo, Maria Plati, y Elsa Nomikou, y a una mujer inmigrante procedente de Nigeria, Kehinde Obinrin, que se sumó más tarde y se marchó poco después. (Los nombres utilizados para designar a los participantes no son reales).

La iniciativa debía presentarse a la asamblea general de «Acción de Apoyo» para su aprobación. Un par de días antes de la asamblea general, estando yo ya nerviosa ante la idea de enfrentarme a un público más amplio de activistas antirracistas, mantuve una fuerte discusión con uno de los miembros masculinos de más edad de «Acción de Apoyo» a cuenta de la actitud antirracista que predominaba a la hora de tratar con condescendencia a las comunidades de inmigrantes. La discusión giró en torno al tema de la participación de las mujeres inmigrantes. Los activistas masculinos de más edad sostenían que las mujeres inmigrantes bien no estaban interesadas en una acción colectiva (porque no asisten a las reuniones de sus asociaciones y comunidades de inmigrantes) bien eran incapaces de trasladar sus experiencias a un discurso político.

Nos dijeron que «las mujeres inmigrantes no son capaces de expresar los problemas correctamente; no pueden llegar a la raíz de los problemas; no conocen sus derechos, no saben cómo luchar por esos derechos. Tienes que hablar con ellas, y luego deducir el problema a partir de lo que te han dicho. Es muy difícil encontrar líderes [entre las mujeres inmigrantes]. Si no les estableces objetivos, para organizar acciones, no son capaces de avanzar.» (FN, 19-12-05)

Además, cuando María, una de los miembros de la iniciativa sobre «género e inmigración», comentó que existía una discriminación jurídica por lo que respecta específicamente a la legislación *sobre mujeres* –siendo el tema de la legalización de los inmigrantes uno de los puntos focales por excelencia del movimiento antirracista griego– porque no está previsto que las mujeres que emigran integradas en una familia puedan adquirir un estatus de residencia independiente, sino que deben «pertener» a sus maridos como si fueran apéndices, se afirmó que:

A las mujeres no les importa mucho si están o no legalizadas, no son de izquierdas, las decisiones las toman sus familias. (FN, 19-12-05)

Esta opinión, de nuevo, no solo relegaba a las mujeres a una posición secundaria dentro de sus familias, sino que también las tachaba de pasivas y apolíticas y presuponía su falta de interés. Así pues, si bien los problemas de las mujeres inmigrantes y la necesidad de que el movimiento antirracista llegara a ellas se adoptaron como nuevas líneas útiles de movilización, predominaba una actitud sexista por lo que respecta a las mujeres inmigrantes considerándolas como «sujetos inferiores» a sus homólogos hombres. Además, estas declaraciones también pueden interpretarse como un proceso de «salvavida» que pretendía regular nuestro acceso y acercamiento a las mujeres inmigrantes, que, hasta ahora, habían sido sujetos «fuera de los límites». Como observé:

El interés de los hombres en nuestra iniciativa nunca deja de asombrarme. Es como si necesitaran (por defecto) llevar la voz cantante, sin llegar a implicarse directamente pero estableciendo los parámetros generales y el marco/los límites de nuestro enfoque. No se trata solo (aunque por supuesto también) de compartir con nosotras sus experiencias, conocimientos, recursos, también es una especie de proceso de alineación o calibración, para asegurarse, a través de nuestra interacción, de que estamos en la misma página/agenda, y que entendemos lo que «de verdad» está en juego políticamente y cómo representarlo. Los hombres se alzan como los guardianes, protectores

Eludir la «raza», lo que en ocasiones se codifica como «tolerancia», lejos de indicar la ausencia de discriminación, actúa de hecho como una forma de racialización *implícita*

y creadores del perfil político correcto de la iniciativa. Nosotras, las «mujeres», quedamos relegadas a tareas más prácticas de implementación y cumplimiento, al trabajo «sucio». (FD, 18-12-05)

Proteger y orientar correctamente a las mujeres inmigrantes, además de presentarnos como «representantes» de «Acción de Apoyo», fueron dinámicas que se repitieron en los distintos niveles e instancias del recorrido de nuestra iniciativa. Representaban no solo una forma de disciplina política sino que también ocultaba un nerviosismo activista machista sobre la naturaleza de las mujeres, tanto inmigrantes como griegas, como consideradas como el «otro».

Siguiendo con nuestra trayectoria, la primera reunión de la iniciativa sobre «género y migración» se celebró el 12 de enero de 2006 en las oficinas de «Acción de Apoyo», en condiciones de frío extremo. Además de mí, otras tres mujeres participaron en esa reunión: Elsa, Maria y Kehinde. Utilizábamos el inglés como lengua común entre nosotras, ya que Kehinde no hablaba griego. Hablamos sobre la identidad de nuestro grupo, y coincidimos en que básicamente queríamos llegar a las mujeres inmigrantes (y a las mujeres activistas griegas) en calidad de *mujeres*, invocando una identidad de género común, y «no varias categorías específicas de mujeres». Kehinde, que había emigrado de Nigeria y trabajaba como periodista para *The African Informant*, una revista comercial para africanos residentes en Atenas, sugirió que creáramos distintos grupos de mujeres procedentes de distintos países y utilizáramos la revista para dar publicidad a nuestras reuniones; una sugerencia que ninguna de nosotras apoyó ya que no respondía a las estrategias de comunicación habituales de «Acción de Apoyo». No obstante, todas fuimos «muy educadas» y pusimos gran empeño en no herir la sensibilidad de nadie ni sugerir que existía una diferencia «real» entre nosotras, a pesar del hecho tan *real* de que Kehinde no solo era una joven inmigrante *africana* que vivía en Grecia sino que también estaba racialmente marcada como «*negra*». De hecho, el tema de la «raza» estuvo notablemente ausente de nuestras discusiones, y acuerdos, sobre la opresión de las mujeres inmigrantes en Grecia.

El hecho de que las mujeres blancas (activistas e investigadoras) eludan temas sensibles asociados a diferencias raciales se ha abordado en parte de la literatura feminista sobre relaciones interraciales como «ansiedad racial» (Burman y Chantler, 2003). Para que no se pueda decir que tienen prejuicios (es decir, para no ser acusadas de racismo), el término «raza» desaparece del vocabulario de las mujeres liberales blancas (incluyendo de «nuestros» vocabularios: el mío, el de Maria y el de Elsa) dejando un incómodo y elocuente vacío. Eludir la «raza», lo que en ocasiones se codifica como «tolerancia», lejos de indicar la ausencia de discriminación, actúa de hecho como una forma de racialización *implícita*, ya que elide el tema del privilegio por parte de aquellos que no están marcados racialmente, es decir las mujeres blancas, ocultando con ello los pilares ideológicos del racismo en las sociedades occidentales. En lugar de abordar el racismo como un aspecto sistémico de las relaciones sociales, la ocultación de la «raza» basándonos en el supuesto de igualdad o uniformidad –cuando en realidad ninguna de las dos cosas existe, ya que los sujetos «blancos» y «negros» están asimétricamente marcados– establece la invisibilidad simultánea tanto de la discriminación racial como del privilegio blanco (Ahmed, 2004). El antirracismo, por tanto, se proyecta como una postura moral e «iluminada», una cuestión de actitud individual(izada), más que una crítica política fundamental.

Es importante señalar que la propia Kehinde no deseaba ser identificada como «mujer negra» sino, en línea con nuestra agenda sobre migración, o para evitar posibles confrontaciones raciales incómodas, como «mujer africana». El hecho de que diera prioridad a su identidad de inmigrante por encima de su identidad racial es comprensible dado el contexto del marco de «migración» que predominaba en nuestra iniciativa; un marco establecido tanto por el contexto político en el que nos vimos envueltas como por «nuestras» prioridades (como mujeres griegas), al que ella sentía que tenía que adaptarse. Todas las demás agradecemos su opción de identificarse como «africana» en lugar de cómo «negra», dada la incomodidad referida más arriba sobre los temas de «raza» y nuestra orientación política. De esta forma, mientras la inmigración era de hecho el foco explícito de nuestro compromiso antirracista, ignoramos (o eliminamos) la conexión íntima existente entre migración y «raza» bajo el supuesto de que la discriminación y el racismo contra los inmigrantes solo se refiere a diferencias *nacionales* y *culturales* y no a diferencias «raciales» también. Suposición que se ve aún más reforzada por el habitual descargo de responsabilidad del movimiento antirracista griego en el sentido de que «Nosotros (los griegos) no odiamos a los negros».

La diferencia de clase resultó ser otro aspecto reprimido de nuestra experiencia cargada de suposiciones sobre el estatus social de los inmigrantes. En la segunda reunión de la iniciativa sobre «género y migración», celebrada el 20 de enero de 2006, las mismas cuatro mujeres nos reunimos en casa de Elsa. Elsa, una mujer griega de clase media de 74 años, acababa de volver a Atenas tras pasar 35 años en Bruselas trabajando para la Comisión Europea, y estaba intentando implicarse en movimientos políticos antirracistas porque se sentía «horrorizaba y molesta por el racismo, la xenofobia y el odio de los griegos hacia la diferencia y heterogeneidad cultural que la sociedad griega resumaba» (Entrevista, 21-05-06). Como funcionaria europea, y como mujer griega formada y «progresista», había estado expuesta a aquellos aspectos de la diferencia cultural asociados a los conceptos más liberales de multiculturalismo y cosmopolitismo, que ella defendía enérgicamente. Su revulsión se inscribía en una perspectiva clasista, ya que generalmente las reacciones racistas populistas contra los inmigrantes se asocian por defecto a la clase trabajadora más burda y tosca. La generosidad de Elsa al acogernos en su casa fue tal vez un ejemplo de cómo se puede utilizar el privilegio socioeconómico; sin embargo, también constituyó, de manera indirecta, un ejercicio de condescendencia además de una acumulación de capital social y simbólico (Skeggs, 2004). Su ofrecimiento de recursos y hospitalidad no fue una mera elección política; sino que también sirvió para marcar su estatus económico y social y su integridad moral, estableciendo un ejemplo normativo sobre cómo deben hacerse las cosas «correctamente» y con «buen gusto». Si bien valoré la buena disposición y las intenciones de Elsa de participar en política a una edad en la que la mayor parte de las mujeres griegas se retiran de la esfera pública, también me preocupaba que las diferencias de clase y privilegios, al hacerse obvias, dividieran la iniciativa. Al asociar la migración, especialmente la femenina procedente del «Tercer Mundo», a la pobreza y la falta de recursos, un tema representacional común en el imaginario antirracista, asumí que Kehinde, como mujer inmigrante africana, podría sentirse incómoda y/o resentida ante «nuestros» privilegios, los de las mujeres griegas, pero no quería crear ningún conflicto; si bien ella nunca expresó ese sentimiento en ningún

La diferencia de clase resultó ser otro aspecto reprimido de nuestra experiencia cargada de suposiciones sobre el estatus social de los inmigrantes

momento. De hecho, mi miedo revelaba en mayor medida mi propia autoconciencia y «culpabilidad» sobre las diferencias de clase que las posibles aprensiones de Kehinde.

Esta dinámica social no resuelta creó un ambiente de tensión que se hizo patente en una fase bastante temprana de la iniciativa.

Existen puntos de tensión y desacuerdo, que siguen teniendo el denominador común de trabajar con y abarcar a TODAS las mujeres, COMO MUJERES primero. Surgen problemas sobre cómo atraer a los grupos de mujeres, así como sobre nuestra propia identidad como iniciativa. Se considera que esto último está en proceso de construcción (negociaciones), que se definirá y formulará a medida que vayamos avanzando, y por lo que respecta a nuestra experiencia, tanto internamente dentro del grupo como a través de nuestra proyección y nuestras relaciones con mujeres inmigrantes (grupos). (FD, 20-01-06)

Lo que surgió como el principio de una división entre nosotras, a pesar de que parecíamos compartir el punto de partida común de querer llegar a *todas* las mujeres basándonos en una identidad de *género* compartida, fue nuestra forma de ver y representar el compromiso de las mujeres *inmigrantes* de un modo parecido o diferente al nuestro.

Kehinde: [Tenemos que] Hacer [una convocatoria] *general*, no establecer distinciones que afecten a las mujeres. Tenemos que ser muy específicas, ya que el género abre un amplio abanico de problemas, los cuales abordaremos en esta área. Nos dirigimos a quienes se identifican *como mujer en primer lugar*.

Kehinde: Estamos abriendo una vía en la que debatir problemas que nos afectan como *mujeres que vivimos fuera de nuestros países*, identificándonos con *todas* las mujeres [en lugar de con un grupo étnico concreto de mujeres inmigrantes].

Maria: [Deberíamos decir] «Ven y hablemos sobre aquellos problemas sobre los que *tú* quieres hablar, queremos conocer *tu* opinión», aunque ya conozcamos los problemas. Nuestro error es imponer *nuestras propias* opiniones. (FN, 20-01-06, las cursivas son mías)

Para mí, para Maria y para Elsa, el foco de nuestra intervención antirracista eran las mujeres *inmigrantes* y nuestro objetivo era comunicarnos con *ellas*, escuchar *sus* problemas e intentar ayudarlas, asumiendo desde el principio que nosotras no éramos una parte igualitaria del proceso, sino una parte más alejada, instrumental o permisiva. Dicho de otro modo, ni siquiera consideramos la posibilidad de trabajar desde o hacia un terreno de compromiso común. Para Kehinde, por el contrario, el aspecto más importante de nuestra movilización era la identificación común del *género*, que tenía en cuenta pero no giraba en torno a las diferencias (nacionales y sociales). Si bien es cierto que el hecho de invocar una condición de mujer común y global, que abarca (y subsume) otras diferencias, ignora y suprime desigualdades que crean relaciones asimétricas entre las mujeres (Brah y Phoenix, 2004), en este caso, la referencia de Kehinde a una identidad de género *común* también podría considerarse una forma de «esencialismo estratégico» (Spivak, 1989); una forma de buscar un terreno común en un territorio «ajeno».

También surgieron discrepancias en cuanto a cómo llegar a las mujeres inmigrantes. Mientras a Maria le preocupaba cómo despertar la responsabilidad de las mujeres inmigrantes y animarlas a que se implicaran en nuestra iniciativa ofreciéndoles una especie de «compensación», Kehinde era más «táctica» y comedida:

Kehinde: [Tenemos que] hacer hincapié en que no venimos a mover cielo y tierra. Estamos aquí para ofrecerles nuestro apoyo, para ver dónde podemos ayudar, para ofrecerles la ayuda necesaria.

Maria: Sí, ¿pero qué podemos ofrecerles? D. [una activista albanesa] era muy reacia. Dijo: «Es muy difícil organizar a las mujeres, las mujeres albanesas no se mezclan con otras nacionalidades». No me estaba ayudando.

Kehinde: Por eso he dicho que debemos sentarnos con ellas individualmente. Debemos acercarnos a las filipinas y conocerlas [por separado]. Que ella [D.] tenga esa opinión, no significa que todas las mujeres la compartan. Con las mujeres africanas, el organizador es el que determina todo el evento, cómo movilizar a la gente. Tenemos que saber cómo vamos a movilizar a estas mujeres. Es algo en lo que tenemos que trabajar.

Maria: No me siento cómoda yendo a un sitio a hablar sin una agenda predeterminada. Quiero tener algo que ofrecerles. No estoy segura de cómo llegar a la gente. Inténtalo a tu manera y dime cómo lo haces.

Kehinde: No podemos ofrecer algo que no tenemos. Pero, antes de poder ofrecer algo, tengo que saber qué es lo que necesitas. [El tema es] cómo movilizar a las mujeres independientemente de cuáles sean sus orígenes.

Alexandra: Quiero hacer hincapié en que tenemos que saber quiénes somos, qué queremos. *Somos* una red de mujeres que quiere *ayudarlas*. (FN, 20-01-06, las cursivas son mías)

Por lo que respecta a las mujeres inmigrantes, Maria y yo hablábamos desde una posición «ajena» a la experiencia migratoria: como mujeres griegas que no saben cómo tratar y se sienten incómodas ante las mujeres inmigrantes que podrían incluso declinar nuestro «ofrecimiento de ayuda», lo que supondría un duro golpe para nuestro engrandecimiento narcisista (Hook, 2011). Las inquietudes formuladas en torno a la necesidad de «ofrecer algo» y la asunción de la distancia y la desigualdad que implica la posibilidad de ofrecer algo, indican que lo que estructuraba nuestro enfoque hacia las mujeres inmigrantes no era solo el hecho de ser ajenas, sino que también era cuestión de jerarquías de derechos. Kehinde, por otra parte, hablaba como una mujer con más seguridad y confianza a la hora de relacionarse con las mujeres inmigrantes, ya que ella podía, de manera selectiva, identificarse con sus experiencias. Las dos posturas parecían mutuamente excluyentes y posteriormente fueron desplazadas, y reenmarcadas, como «políticas» opuestas. Tras la estéril negociación de estos distintos enfoques, Kehinde no permaneció en la iniciativa por mucho tiempo. Dos meses después, y tras una serie de malentendidos incómodos, abandonó. Su

Las fronteras
etnorraciales de género
se redefinen en el
seno del movimiento
antirracista para
marginar a las
mujeres inmigrantes,
representadas como
«víctimas pasivas»

marcha coincidió con un período de intensa actividad de proyección durante el cual se celebraron reuniones regulares «caseras», de manera que, al final su salida no recibió mucha atención.

Tras una conversación telefónica con Kehinde anoté: «De nuevo un malentendido... e incomodidad, tema a tratar en un encuentro posterior cara a cara en lugar de en una conversación telefónica. (Cosa que nunca sucedió porque nuestra siguiente reunión se canceló y las cosas se enfriaron después de eso)». (FN 02-02-06)

El principal punto de controversia era la asociación de Kehinde con una mujer activista afroamericana miembro del partido socialista PASOK en el gobierno, que expresó el deseo de asistir a nuestras reuniones. Este hecho fue interpretado por los miembros más antiguos de «Acción de Apoyo» como un deseo de «colonizar» la iniciativa por parte del PASOK y «nos» aconsejaron explícitamente –a Elsa, a Maria y a mí– que evitáramos cualquier contacto. Las tres, *en privado*, y sin consultar a Kehinde, y por lo tanto excluyéndola, acordamos que no queríamos poner en peligro la identidad izquierdista de la iniciativa y decidimos anular la reunión con su amiga, sin darle de hecho ningún motivo específico para ello para no «herir» la sensibilidad política de Kehinde. Nuestra corrección política sobre la «libertad para elegir» no incluía la posibilidad de negociar diferencias políticas *internas*. Desde entonces, el contacto con Kehinde fue espaciándose hasta terminar desapareciendo. La iniciativa fue sacada adelante por las tres mujeres griegas participantes, en calidad de «adecuadas» representantes de «Acción de Apoyo».

Conclusión

Mi investigación pretendía abordar cómo las fronteras etnorraciales de género se redefinen en el seno del movimiento antirracista para marginar a las mujeres inmigrantes, representadas como «víctimas pasivas» carentes de intervención política, relegándolas a posiciones subyugadas y feminizadas, y como ellas, a su vez, utilizando y adaptando los discursos disponibles para hacerlos legibles en público, reivindicando presencia y pertenencia. El objetivo de este análisis era hacer un seguimiento, a través del relato personal de la investigadora, de los ejes de género, raza, clase y cultura del poder que han determinado las relaciones sobre el «terreno» (en el doble sentido de terreno de investigación y terreno político), en instancias en las que las identidades sociales y políticas de los participantes se impusieron y rebatieron, con el objeto de reivindicar que estas relaciones de poder, y sus críticas, no son meros hechos accidentales sino aspectos *centrales* del antirracismo. Dicho de otro modo, *la forma* en la que nos relacionamos afecta a lo *que* hacemos en política antirracista. La unión entre investigación y activismo feminista puede tener una doble función: politizar la investigación y a la vez comprometerse políticamente desde un punto de vista reflexivo. He estudiado algunos de los efectos de estas relaciones de poder y los intentos por conciliarlas *durante* el trabajo de campo. Estos intentos no solo han sido importantes políticamente para desarrollar prácticas antirracistas feministas, sino que también han constituido una parte orgánica del desarrollo de la propia investigación y de mi propio conocimiento del terreno político en el que me hallaba inmersa y que a la vez estaba creando.

Referencias bibliográficas

Ahmed, Sara. «Declarations of whiteness: The non-performativity of anti-racism.» [online] *Borderlands eJournal*, vol. 3, nº 2 (2004). [Consultada el 27-03-210]

Biglia, Barbara. «Some "Latin activist women' accounts": Reflection on political research». *Feminism & Psychology*, vol. 16, nº 1 (2006), p. 18-25.

Brah, Avtar; Phoenix, Anne. «Ain't I a woman? Revisiting Intersectionality». *Journal of International Women's Studies*, vol. 5 (2004), p. 75-86.

Burman, Erica; Chantler, Khatidja, «Across and Between: Reflections on Researching "Race", Gender and Mental Health». *Feminism & Psychology*, vol. 13, nº 3 (2003), p. 302-309.

Fonow, Mary; Cook, Judith, «Feminist Methodology: New Applications in the Academy and Public Policy». *Signs*, vol. 30, nº 4 (2005), p. 2211-2236.

Haraway, Donna, «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective», en: (ibid.) *Simians, Cyborgs and Women. The Reinvention of Nature*. Londres: Free Association Books, 1991.

Harding, Sandra. «Introduction: Standpoint Theory as a Site of Political, Philosophic, and Scientific Debate», en: (ibid.) (ed.) *The Feminist Standpoint Theory Reader: Intellectual and Political Controversies*. N.Y. y Londres: Routledge, 2004.

Hook, Derek. «White narcissism and black consciousness», in: Stenner, Paul et al. (eds.) *Theoretical Psychology: Global Transformations and Challenges*. Ontario: Captus University Publications. 2011.

Hooks, Bell, «Choosing the Margin as a Space of Radical Openness», en: Harding, Sandra (ed.) *The Feminist Standpoint Theory Reader: Intellectual and Political Controversies*. N.Y. y Londres: Routledge, 2004.

Lather, Patty. *Getting Lost. Feminist Efforts toward a Double(d) Science*. Albany: SUNY Press, 2007.

MacLure, Maggie, «The Bone in the throat: some uncertain thoughts on baroque method.» *International Journal of Qualitative Studies in Education*, vol. 19(6). 2006, pp 729-745.

Phoenix, Anne. «Aspiring to a politics of alliance». *Feminist Theory*, vol. 1, nº 2 (2000), p. 230-235.

— «Practicing Feminist Research: The Intersections of Gender and "Race" in the Research Process», in: Maynard, Mary and Purvis, June (eds.) *Researching Women's Lives from a Feminist Perspective*. Londres: Taylor and Francis, 1994.

Skeggs, Beverley. *Class, Self, Culture*. Londres y N.Y.: Routledge, 2004.

Smith, Dorothy. «Writing Women's Experience into Social Science». *Feminism & Psychology*, vol. 1, n° 1 (1991), p. 155-169.

Spivak, Gayatri Chakravorty. «In a Word. Interview». *Differences*, vol. 1, n° 2 (1989), p. 124-156.

Zavos, Alexandra; Biglia, Barbara. «Embodying feminist research: learning from action research, political practices, diffractions and collective knowledge». *Qualitative Research in Psychology*, vol. 6, n° 1 (2009), p. 153-172.